

El Límite Oscuro

FÉLIX GARCÍA HERNÁN

El Límite Oscuro

Turpin editores

© Félix García Hernán, 2016
Nº de asiento registral: 16/2015/6799

© 2016 Turpin Editores S.L.
e-mail: turpin@graficasalmeida.com



Producción: Gráficas Almeida
almeida@graficasalmeida.com
Diseño y maquetación: Yurema Martín Antón
Impreso en España

ISBN: 978-84-944184-9-5
Depósito Legal: M-33840-2016

Reservados todos los derechos.

Esta publicación no puede ser reproducida o transmitida, total o parcialmente, por cualquier medio, electrónico o mecánico, ni por fotocopia, grabación u otro sistema de reproducción de información, sin el permiso por escrito del titular del copyright para esta edición.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Boni, in memoriam

ADVERTENCIA

Esta novela ha de valorarse como producto de la imaginación del autor. Por tanto, no debe inducir a atribuir conductas, acciones o palabras concretas a ninguna persona existente o que haya existido en la realidad.

¡Apiádate de nosotros, dichosa, alada Némesis,
justo equilibrio de la vida!
¡Alabada diosa Némesis inmortal,
vehemente victoria de alas extendidas, infalible,
tú que nos muestras el alto pedestal de la Justicia;
tú que quebrantas la soberbia humana
y a los hombres arrojas al Tártaro!

Mesomedes de Creta

Se notaba que las vacaciones habían pasado a mejor vida y la noche madrileña empezaba a recuperar el ritmo vertiginoso que le caracterizaba con el regreso de los últimos veraneantes. La mayor parte de las conversaciones en las concurridas terrazas seguían girando en torno a las insostenibles temperaturas que habían convertido el verano que acababa de morir en el más caluroso desde que existían registros. A pesar de ser martes, el instinto noctámbulo de una ciudad que siempre había presumido de él estaba ya colapsando los principales locales de ocio de la capital.

A través del amplísimo ventanal que mostraba la imponente Puerta de Alcalá a las casi doscientas personas que habían tomado por asalto el bar de moda de la ciudad, Rodrigo de la Torre observaba cómo la primera tormenta de otoño obligaba a los fumadores que permanecían en las mesas de la terraza a buscar un imposible refugio en el atiborrado interior.

Rodrigo comprobó en su Apple Watch que aún faltaban veinte minutos para las tres de la madrugada. La hora ideal, pensó. Los efluvios del alcohol y otras sustancias no habían causado aún del todo el efecto que se produciría una hora más tarde, cuando los que permaneciesen todavía

en el local comenzaran a desvariar en sus discursos y en sus acciones. Él prefería esa hora para empezar a buscar entre la concurrencia la pieza que más le llamase la atención. Su puesta en escena, producto de su larga experiencia en la noche madrileña, era perfecta: blazer azul de Armani, camisa rosa de Hugo Boss y pantalones también azules de la misma marca. La hora diaria que su entrenador personal dedicaba a mantenerle en forma hacía que la ropa le cayera a la perfección y disimulara perfectamente la cincuentena en la que había ingresado hacía solo unos meses. La incipiente alopecia que ya empezaba a dejarse notar se compensaba con una media melena plateada por unas canas que en ningún momento intentaba ocultar. Sentado solo en una de las mesas cercanas a la enorme barra de mármol translúcido, apuraba con lentitud la copa de champán rosado que el camarero acababa de rellenar. El bullicio del bar, producto de una música cuyos decibelios sobrepasaban con suficiencia el nivel adecuado para el oído humano, unido al parloteo a voces que se obligaba a mantener la clientela, no le molestaban en absoluto. Como un cazador avezado, su vista se iba posando en la “gente guapa” que poblaba el lugar. Sabía que era cuestión de tiempo. Rara era la noche que tenía que abandonar el bar sin compañía.

Observó cómo una pareja se abrió paso a codazos hasta posicionarse en la barra. Advirtió cómo conseguían hacerse entender casi a gritos por una de las camareras de “diseño”, que les sirvió con presteza dos gin-tonic. La pareja empezó a beber sin apenas mirarse a la cara. Daba la impresión de que estaban regañados. Rodrigo se repantingó en su observatorio picado por la curiosidad. Ella estaba muy por encima de su acompañante. Llevaba mag-

níficamente los casi cuarenta años que debía tener. Su melena rubia ponía una nota *vintage* cuando la agitaba queriendo imitar —imaginó Rodrigo— a Lauren Bacall. A pesar de la hora usaba gafas de sol y no parecía hacer demasiado caso a su acompañante. Este, una cabeza más bajo que ella y aparentando unos quince años más, le hablaba al oído mientras intentaba tomarle la mano. Ella se resistía. Rodrigo notó cómo él empezaba a subir el tono de su voz y a mostrarse nervioso y agresivo con ella. Finalmente, ella retiró la mano que él pretendía retener y se le encaró. Rodrigo, por supuesto, no pudo oír lo que ella le decía, pero solo necesitaba ver la ira con la que escupía sus palabras para imaginar que no era nada agradable. Su acompañante reaccionó dándole un ligero empujón en los hombros. Apuró su bebida y salió disparado del local. Ella ni se inmutó. Continuó saboreando su combinado sin levantar la mirada del vaso.

Rodrigo dejó pasar diez minutos estudiándola y esperando que abandonase también el local. No lo hizo. Admirado de que en ese tiempo ningún otro “cazador” se hubiera acercado a ella se levantó finalmente y se dirigió adonde estaba.

—Hola, te ruego perdones mi atrevimiento, pero me he permitido observar que no estás en el lugar más cómodo del local. Mi nombre es Rodrigo de la Torre y espero que no te ofendas si te invito a que me acompañes a mi mesa. Si te he molestado, por favor, discúlpame, volveré a mi sitio inmediatamente.

Ella, que había escuchado su alocución sin mirarle, finalmente volvió la cabeza y le observó en silencio antes de contestarle.

—Gracias, pero creo que podrás encontrar compañía mucho más agradable y sobre todo en mejor forma que la mía esta noche.

Finalizó la frase con una mueca que quería ser una sonrisa y le volvió la cabeza. Él insistió. «Un solo minuto contigo conseguiría que esta noche hubiese merecido la pena».

Ella se giró de nuevo hacia él y observó, esta vez más detenidamente, al elegante interlocutor cuya trasnochada forma de expresarse parecía provenir del siglo pasado. Sin contestarle, asintió con un movimiento de cabeza y, tomando su combinado en la mano, le acompañó a su mesa.

Una hora después los dos abandonaban el local. El portero se dirigió a él con mucho respeto cuando salían. «Don Rodrigo, ya he pedido su coche, estará en un minuto. Permítame que les proteja con el paraguas».

Rodrigo deslizó en su mano un billete de cinco euros y tomando a su pareja del codo avanzaron hacia la calzada, donde el aparcacoches estaba posicionando su Porsche. Le entregó otro billete y los dos entraron en el coche. Cuando los empleados cerraron casi al unísono las puertas, Rodrigo acercó sus labios a los de ella y la besó por primera vez. Ella aceptó el beso, permitiendo que sus lenguas se acariciasen. Él le ofreció ir al apartamento que tenía en la ciudad, pero ella negó con una sonrisa. «Si no te importa, prefiero ir a un hotel. Ya habrá tiempo otro día de conocer dónde vives». Él asintió ligeramente extrañado, pero complacido. Todo estaba saliendo según había previsto. Antes, en el bar, ella poco a poco fue calmando su ofuscación, producto seguro del enfado que debía de tener con su anterior acompañante, y empezó a intimar con él. No le quiso hablar de la pelea que acababa tener. Le explicó vagamente que se

dedicaba a negocios de exportación. Mientras arrancaba el Porsche, Rodrigo se dio cuenta de que aún no sabía su nombre. Le preguntó si prefería algún hotel en especial y ella le contestó que alguno que quedase por el centro.

Rodrigo enfiló su coche en dirección al hotel Miguel Ángel, donde ya le conocían. Realizaron el trayecto sin hablar. Rodrigo se limitaba a acariciarle la mano mientras se felicitaba a sí mismo por la “pieza” que había elegido. La noche prometía, pensó mientras volvía la cabeza para admirar la figura de su acompañante. Se sentía el rey del mundo. Era un hombre con suerte. Todavía no podía creer cómo había salido tan bien parado de las acusaciones que le involucraron en la archiconocida *Operación Púnica*. Debido a su altísima posición como funcionario en la dirección de Urbanismo de la Comunidad de Madrid, lo que empezó hace años con la aceptación de un jamón proveniente de un promotor, agradecido por la presteza con la que había movido su expediente, se había acabado convirtiendo en un inmenso caudal de ingresos. Aunque hacía varios años que el desmantelamiento por parte de la justicia de la red de corrupción imperante en la Comunidad de Madrid le había obligado a detener su lucrativa actividad, el dinero recolectado hasta ese momento era de tal magnitud que le permitiría, sin duda, vivir desahogadamente el resto de su vida. Su nombre fue de los primeros que salieron a la luz cuando la policía destapó el escándalo que afectó a más de cincuenta políticos, ediles, funcionarios y empresarios. Aún se le nublabla la vista al recordar los dos días que tuvo que pasar en los calabozos de los juzgados de la Plaza de Castilla para declarar. Fue puesto en libertad con cargos. Pero el dinero no vale solo para comprar un coche

de 450 caballos. Entre varios de los acusados contrataron a uno de los mejores bufetes de abogados de la ciudad. A fecha de hoy, dos años después de destaparse el escándalo, el bufete había conseguido ir paralizando paulatinamente la acción de la justicia a base de alegatos y recursos y Rodrigo no solo no había dado con sus huesos en la cárcel, sino que el macro juicio, que se pensaba iba a hacer tambalearse los cimientos de la corrupción en España, aún no tenía fecha fijada y cada vez estaba más lejos de llegar a celebrarse algún día. Es más, él continuaba manteniendo su puesto como director de proyectos urbanísticos de la Comunidad de Madrid, ante la sorpresa de alguno de sus colaboradores y el regocijo de otros. Seguía conservando su alto nivel de vida y nadie había intervenido sus bienes en España. El césped de su chalet en Somosaguas, donde aparentaba llevar una vida ejemplar con su esposa y sus dos hijos, continuaba estando en el magnífico estado que le procuraban los jardineros que lo cuidaban a diario. Y, por supuesto, sus repletas cuentas en Suiza seguían siendo un secreto para todos, incluida su familia. Volvió a la realidad y su mano abandonó la de ella para posarse encima de una rodilla cubierta por una falda de raso púrpura. Con destreza buscó la raja que partía la falda en dos y deslizó la mano hasta encontrar la seda de la ropa interior de ella, que se dejó acariciar durante unos segundos. Después le retiró con delicadeza la mano y le preguntó adónde se dirigían. «Vamos al hotel Miguel Ángel, cerca de aquí. ¿Te parece bien?». Ella asintió sonriendo.

El recepcionista del hotel, de manera profesional, en ningún momento dio muestras de conocer a Rodrigo. Este le preguntó si disponían de una suite. El recepcionista, con

una sonrisa, le contestó que casualmente tenían libre la Suite Presidencial y que se la podía ofrecer, dada la hora que era, a un precio especial de doscientos cincuenta euros. Rodrigo asintió entregando su American Express Platino al empleado. Mientras tanto, ella se mantenía ligeramente apartada de la recepción manipulando su teléfono móvil. Al terminar el registro, Rodrigo declinó la ayuda ofrecida para acompañarles a la suite y los dos tomaron el ascensor hacia el último piso.

—La Suite Presidencial, qué nivelazo— dijo ella mientras él aprovechaba la intimidad del ascensor para besarle en el cuello y acariciar su trasero. «Esta noche es especial y no quiero que nos falte de nada».

Al salir del ascensor vieron perfectamente indicada la dirección de la Suite Presidencial. Nada más entrar, ella se quitó las gafas de sol y él, sorprendido de la belleza de sus ojos, volvió a abrazarla. Deslizó una mano por el escote de la blusa hasta introducirla por debajo de la copa del sujetador. Sintió como el pezón de ella se erizaba. Sacó la mano y comenzó a desabrocharle la blusa. La visión del sujetador negro de satén y el magnífico pecho que se adivinaba debajo le produjo una inmediata erección. Ella se dejaba hacer. Solamente al intentar descorrer la cremallera de la falda, ella con una sonrisa le pidió acudir al baño. Rodrigo se separó y le dijo suavemente que no tardara. Mientras la veía desaparecer por uno de los dos cuartos de baño que contaba la estancia, Rodrigo inspeccionó la suite que les habían otorgado. El recibidor daba paso a un salón donde un precioso piano beige de media cola ocupaba un rincón. Unas puertas de cristal daban acceso a una terraza con varias hamacas que escoltaban a un jacuzzi de mármol.

Rodrigo se asomó a la barandilla. La vista era espectacular, con una perspectiva perfecta de la arteria principal de la ciudad.

Regresó al interior y abrió la puerta del dormitorio. Una enorme cama vestida con un edredón de lino blanco le invitó a empezar a desnudarse. Echó un vistazo al suntuoso baño anexo al dormitorio y se desnudó quedando solo en calzoncillos mientras esperaba que ella apareciese por la puerta. Comenzó a impacientarse cuando pasados diez minutos seguía sin aparecer. Iba ya a reclamar su presencia cuando la observó entrar en el dormitorio, cubierta solo con un tanga de color negro. Se abrazó a ella y comenzó a besarla de nuevo. Ella le mordisqueó en el lóbulo de la oreja mientras le susurraba preguntándole si había pedido algo de beber. Él, solícito, la soltó y se acercó al minibar mientras le preguntaba qué deseaba. «Creo que el momento merece el mismo champán rosado que estabas tomando tú antes, ¿no te parece?».

Rodrigo asintió, buscando en el minibar lo que ella había pedido, sin encontrarlo.

—Habrás que solicitarlo al servicio de habitaciones ¿te importa? «Para nada,—contestó ella—, incluso mejor; así vendrá más frío. Además, tenemos toda la noche para nosotros. Ya llamo yo — se ofreció».

Cuando ella colgó el teléfono, después de hacer el pedido, la tomó en brazos y la depositó en la cama. Ella notaba cómo la excitación de él había hecho que su pene sobresaliera de sus calzoncillos. Él se dio cuenta de su mirada y se los quitó. Sabía que en cualquier momento subiría el camarero, pero había observado que en el cuarto de baño del dormitorio había albornoces; no tendría nada más que

ponerse uno cuando fuese a abrir. Ella se quedó mirando su enhiesto miembro y él lo interpretó como una invitación. Se colocó a su lado en la cama y comenzó a besar los pezones del —como había intuido— hermosísimo pecho. Ella se dejaba hacer, limitándose a acariciarle la espalda. Él introdujo su mano por la parte delantera del tanga, donde notó cómo el vello de su monte de Venus había sido cuidadosamente retocado. Acarició con los dedos sus labios mayores y se extrañó al advertir la sequedad de su vagina. Volvió a besarla en la boca y desde allí bajó hasta su sexo, buscando y acariciando el clítoris con su lengua. Empezaba a sentir cómo finalmente ella comenzaba a humedecerse cuando sonó el timbre de la puerta. Mascullando una blasfemia, Rodrigo se incorporó, entró en el cuarto de baño y se colocó uno de los dos gruesos albornoces blancos. Se dirigió al vestíbulo y abrió la puerta. En vez del camarero que esperaba, se encontró frente a él una figura que le resultaba familiar. Necesitó solo dos segundos para asociarla con el hombre que había entrado esa misma noche en el bar con ella y le había abandonado después de discutir. Alarmado, intentó cerrar la puerta, pero el pie de él, que sin duda esperaba su reacción, se lo impidió. Cayó al suelo debido al fuerte empujón que le propinó el intruso. Cuando empezó a incorporarse para enfrentársele, notó como el cañón de una pistola le apuntaba directamente a la cabeza. Se quedó paralizado. El intruso le ordenó levantarse y avanzar hasta el salón. Una vez allí, le pidió que se sentase en uno de los sillones. Rodrigo no se sorprendió demasiado al observar cómo poco después se abría la puerta del dormitorio y aparecía ella completamente vestida. Había caído en la trampa más antigua del mundo, pensó. Intentó

tranquilizarse. Sería un problema de dinero y él de eso iba sobrado.

Ella saludó al intruso con la cabeza y se sentó en una de las sillas del salón. El intruso, que continuaba en pie, comenzó a hablar.

—¿De verdad te pensabas, Rodrigo de la Torre, que ibas a irte de rositas?

Rodrigo, asustado ahora de verdad al oír su nombre y apellidos, balbuceó. «No comprendo nada».

—Me imagino que tampoco comprenden nada todos los madrileños a los que has estafado con tu comportamiento. ¿Cuántos millones has robado, diez, veinte, cien? Han tenido que ser muchos para mantener el ritmo de vida que llevas y pagar a toda la tropa de abogados que tienes detrás. «Así que finalmente es un problema de dinero —se tranquilizó Rodrigo—. Ahora ya solo se trata de negociar».

—Por favor, seamos civilizados. Efectivamente, hay dinero para todos. Solo tenéis que pedir una cantidad lógica y os la transferiré.

El intruso sonrió. «Va a ser complicado que nos hagamos un transferencia. Me temo que a donde vas a ir no hay sucursales bancarias».

Rodrigo empezó a temblar cuando observó cómo el hombre introducía su mano en el pequeño maletín que portaba y extraía un cilindro plateado que acopló al cañón de la pistola. Imaginando lo que iba a pasar se arrodilló. En esa posición notó cómo el cinturón del albornoz se soltaba y este se abría mostrando su desnudez. De su pene, ahora totalmente flácido, empezaba a escaparse un reguero de orín que no podía controlar y que encharcó la mullida

alfombra de la suite. Juntó las manos en posición de suplica antes de hablar.

—Os lo ruego —miró a los dos—. Os haré ricos, tengo cuentas en Suiza...

No pudo continuar. El intruso avanzó hacia él y cuando estaba a apenas un metro de distancia le disparó a bocajarro en la cabeza. Murió al instante.

Ella, sentada en la silla, miraba hipnotizada la escena. El hombre se acercó al cadáver y le extrajo el brazo derecho del albornoz. Lo extendió en el suelo con la palma de la mano mirando hacia arriba. Abrió de nuevo el maletín y sacó una hacha de pequeñas dimensiones. O el instrumento estaba perfectamente afilado o el intruso poseía una gran pericia, porque de un golpe seco seccionó la muñeca separando la mano del brazo. Un fuerte caudal de sangre que no le había dado tiempo aún a coagular comenzó a manar de la herida. El intruso tomó la mano del suelo y la colocó encima del pecho desnudo del cadáver. A continuación hurgó de nuevo en el maletín. Sacó una docena de billetes del juego de *Monopoly* y los colocó sobre la palma de la mano seccionada, obligando a los dedos a cerrarse sobre ellos. Extrajo el móvil del bolsillo trasero de su pantalón e hizo varias fotos de la víctima, desde diferentes planos.

La siguiente hora la dedicaron, ella y el intruso, a limpiar concienzudamente de huellas la suite.

Él fue el primero en abandonar el hotel. Ella esperó diez minutos más. Antes de salir de la suite, no consiguió resistirse a mirar en lo que se había convertido Rodrigo de la Torre, el “Rey del Mundo”.



César Duarte se cansó de hacer *zapping*. A pesar de estar a mediados de agosto y del microclima del que tanto presumían los marbellíes, el calor en el piso era agobiante. De hecho, los medios empezaban a catalogar ese verano como el más caluroso que se había conocido. Refunfuñando, apagó la televisión y se acercó al termostato de la pared para conectar el aire acondicionado. Ni siquiera le apetecía ver alguna de las películas de misterio que tanto le gustaban y que llenaban en parte los estantes del aparador. No había cenado aún. No tenía nada de hambre, aunque pasaban ya de las doce de la noche. Volvió al sofá y se quedó mirando al techo, sabiendo que el acostarse no le reportaría ningún beneficio. Por muchas vueltas que diese en la cama no cogería el sueño hasta que le faltasen un par de horas para levantarse. Pensar en que aún era martes y que todavía le quedaban cuatro días a esa semana para tener que acudir a trabajar al club de golf le removía el estomago. Lo que durante más de treinta años había supuesto un motivo de alegría, cada día se le antojaba más penoso. Sabía que se encontraba en boca de todos los socios y empleados, desde que hacía una semana el director del club le había llamado a su despacho para soltarle una reprimenda que, él no era

tonto, amenazaba con ser el adelanto de un despido que percibía que era solo cuestión de tiempo. La noticia había corrido como la pólvora por el pequeño universo del club y ahora, compañeros que hasta entonces le habían evitado amedrentados por la violencia verbal que usaba con ellos, no intentaban disimular una sonrisa de desprecio cuando se cruzaban con él. Los socios paraban sus conversaciones cuando pasaba cerca de ellos para reírse abiertamente simulando, de mala manera, que alguno de ellos había contado un chiste. Era consciente de que hacía muchos años que le tenían ganas, tanto unos como otros, pero él siempre se sintió por encima de todos. Al fin y al cabo, su figura había sido una institución en Los Cedros desde la fundación del que, a la postre, se convertiría en el club de golf más exclusivo de toda la Costa del Sol. Intentó apartar Los Cedros de su cabeza, bajó la mirada del techo y la posó en los marcos de fotos que escoltaban la recién apagada televisión. Le pareció que sus hijos, César y Aurora, le miraban con aprensión, como si temiesen que uno de los casi cotidianos ataques de ira de su padre les fuera a alcanzar de pleno. Más de cinco años llevaba sin verlos. A César, el mayor, desde que este llegó a la mayoría de edad y se negó a seguir manteniendo el régimen de visitas que había marcado el juez. Aurora no necesitó ninguna excusa legal. Tenía quince cuando, después de escuchar los gritos con los que su padre insultaba de la manera más soez a su madre por teléfono en uno de los pocos fines de semana que compartía con él, recogió las pocas cosas que tenía en el piso y salió despavorida, cerrando la puerta justo cuando César estaba a punto de alcanzarla. Al llegar a la casa que compartía con su madre y su hermano le

juró a esta que no volvería a ver a su padre. Y así lo hizo desde entonces.

Pero, desde luego, a César Duarte no le iba a temblar el pulso por el desprecio de una niña mal criada, por muy hija suya que fuera. ¡Ay si él no hubiera tenido que dejar el domicilio conyugal! Otro gallo hubiera cantado. Seguro que los correazos con los que dirigía el comportamiento de su hijo y los bofetones que de vez en cuando soltaba a Aurora y a su madre hubieran conseguido que la familia permaneciese unida, como Dios manda. A él mismo su padre le zurraba de vez en cuando y no por eso su madre le había echado de casa, aunque ella también recibiera algún golpe de los que se escapaban cuando su padre regresaba con varias copas de más de las cantinas cercanas a los astilleros de Algeciras donde trabajaba. Esos golpes, pensó César, le habían hecho más fuerte.

Notando como empezaba a tener un leve ataque de ansiedad, cogió del aparador su ordenador portátil y regresó al sofá colocándolo encima de sus rodillas. Temiendo lo que se iba encontrar, entró en la web de su banco. Como imaginó, la Virgen del Rocío no había descendido del cielo para hacer ningún milagro. Ahí estaban los datos; en su cuenta corriente apenas quedaban cuatrocientos euros. Aún faltaban quince días para terminar el mes y poder cobrar los mil quinientos euros de su salario en Los Cedros. De ahí tendría que pagar ochocientos euros del alquiler de su piso y doscientos de la letra del minúsculo Hyundai que había comprado hacía dos años, cuando no le quedó más remedio que desprenderse de su amado Jaguar descapotable. Con los quinientos euros restantes debería arreglarse para pagar luz, agua, gas, gasolina, seguros y comida. Una

puta mierda, pensó. No pudo evitar evocar los tiempos en los que le tenían que recordar que pasase por administración para retirar su nómina. Las propinas y demás prebendas triplicaban o cuadruplicaban su salario. La vida era maravillosa; le sobraba el dinero a espuertas; su gracejo andaluz, su ingenio y su actitud adulatoria hacia los socios del club le habían convertido, posiblemente, en el empleado más popular para los socios. Poco imaginaban estos que esa apostura tan gentil que tenía con ellos se convertía en despótica cuando tenía que tratar con empleados por debajo de su posición. Incluso se permitía el lujo de otorgarse familiaridades con la dirección, sabiendo que su puesto estaba asegurado por su carisma con los socios.

Todo empezó a torcerse cuando la “puta informática” se apoderó en muy poco tiempo de los procesos administrativos del club. Los socios del club dejaron de necesitar “comprar” los servicios de César para asegurarse un buen horario de salida al campo un domingo, o para conseguir estar en el mismo partido de algún amigo o familiar en los campeonatos que se celebraban. Pero lo más importante, la informatización le impidió continuar manteniendo la “ingeniería fraudulenta” que su alto y desaprovechado nivel de inteligencia le había permitido idear para alterar los datos de los *green fees* (derechos de juego) de los jugadores no socios, ingresando en caja, por ejemplo, el importe de recorridos de nueve hoyos cuando en realidad le habían pagado dieciocho, manipulando el consumo de gasolina de los *buggies* o realizando cierres ficticios de facturación a mitad de la jornada.

Pero la culpa no era solo de la informática, pensó. Todo el puñetero país había cambiado para mal en los últimos

tiempos. Él, que conocía perfectamente el sentir y los comentarios de “los señoritos” con los que trataba a diario, sabía que una horda de indeseables y aprovechados había esquilado el país dejándolo en la ruina económica y saliendo, la mayor parte de ellos, los auténticos culpables, sin sufrir ni el más ligero rasguño. Aunque después de tantos años parecía que por fin había llegado la tan ansiada recuperación económica, él seguía lastrado y bien lastrado por haberse creído ilusamente con el derecho a ser miembro de una élite que, al tratarle con tanta familiaridad, pensó que le aceptaban como uno más. La triste y amarga realidad le mostró lo equivocado que estaba. Demasiado tarde se dio cuenta de que para ellos era solo un criado simpático del que se aprovechaban en sus conversaciones para reírse de sus ínfulas de gran hombre; de él, que se consideraba mucho más listo que todos ellos, como había demostrado durante los muchos años que fueron incapaces ni siquiera de imaginar el roto que les estaba haciendo en las cuentas.

Salió de la web del banco e ingresó en la del periódico La Razón. Le sorprendió ver cómo, en la página principal, la figura sonriente de Iñigo Domínguez respondía a los periodistas que le rodeaban en la puerta de salida de la prisión de Soto del Real. Leyó con atención el pie de foto.

Iñigo Domínguez, el ex ministro de trabajo, que ingresó en prisión hace nueve meses por su involucración en el mayúsculo y mediático fraude a la Seguridad Social que supuso un desfalco de más de ciento cincuenta millones de euros y por el que fue condenado a cinco años de prisión, ha obtenido hoy el tercer grado.

El periódico había colocado malévolamente al lado de esa foto otra, tomada diez meses atrás, que mostraba un

Iñigo Domínguez demacrado y canoso. Contrastaba frontalmente con la actual, donde aparte de la sonrisa llamaba la atención la ausencia total de canas, así como el magnífico color de cara.

La sonrisa del ex ministro le resultó familiar; era la misma que veía casi a diario a otros condenados que o habían eludido la prisión o apenas habían pasado unos pocos meses en ella. Al recordar su cuenta corriente masculló una blasfemia. Comprobando en la esquina superior derecha de la pantalla del ordenador que estaba registrado como usuario en La Razón con su *Nick Albatros*, del que tan orgulloso estaba, ingresó en el foro de los lectores. Leyó por encima las opiniones que habían vertido ya más de una centena de personas. La mayor parte, alineados con pensamientos propios de la extrema derecha, atacaban de manera feroz el sistema. Sin pensárselo dos veces redactó unas frases y cliqueó en el botón “enviar”:

Albatros•Ahora.

¡¡¡Miradle la sonrisa!!! ¿Es que no hay nadie dispuesto a borrarla de la cara? Llevamos más de ocho años aguantando a toda esta gentuza riéndose de nosotros. ¿Hasta cuándo?

Dejando el ordenador encendido encima del sofá, se dirigió a la cocina y sacó de la nevera una barra de salchichón y una cerveza. Volvió al ordenador mientras mordisqueaba el embutido. Su post ya había sido contestado por otro lector. Conocía perfectamente el *nick* de la persona que le había contestado. Leyó la respuesta y decidió contestar.

Némesis ➡ *Albatros*. Hace seis minutos

Hasta que dejemos de lamentarnos y pasemos a la acción. ¡¡¡Mirad el color de su cara!!! ¿Y qué me decís de

los periodistas tras él, que parecen sus palmeros? Hijo de p-u-t-a. Parece que viene del Caribe el muy c-ab-rón. ¿Y las canas? Se las debió de dejar el cerdo a propósito para dar pena y que no le “entrullaran”.

Albatros ➔ *Némesis*. Hace un minuto.

Bien dicho, Némesis ¿De qué nos sirvió votar hace un año a esos nuevos partidos que nos prometían acabar con todo esto y meter en la cárcel a todos los corruptos?

Némesis ➔ *Albatros*. Ahora

Solo para ayudarles a forrarse también a ellos. ¡Qué pena de guillotina! ¡Ojalá regresara!

Un interlocutor nuevo, también conocido por César intervino en el chat.

Orión ➔ *Némesis*. Ahora

La guillotina sería casi un premio para semejante inmundicia. Habría que irse un par de siglos más atrás, cuando se colgaban de las almenas a los ladrones para que los buitres se los comieran vivos...

César fue sintiéndose mejor a medida que leía y escribía. Afortunadamente, pensó, no era el único que tenía sus mismas ideas, a pesar de que se daba cuenta de que todo esto era simplemente el recurso del pataleo, ya que por mucho que se desgastaran escribiendo, los ladrones y chupasangres seguirían refocilándose de todos. Y ahí estaba él; arruinado, a punto de perder su empleo, con dos hijos que no le dirigían la palabra y encima, pensó amargamente, con antecedentes penales.

Recordó por enésima vez cómo todo lo que la justicia se mostraba ciega e inútil con esa escoria, con él fue rápida y dura, simplemente porque de vez en cuando se le escapaba la mano con su mujer y sus hijos. A la muy zorra —recor-

dó—no se le ocurrió otra cosa que denunciarle el día que casi le hizo estallar el tímpano de un oído de un bofetón. Entonces sí que se movieron con celeridad los jueces. En apenas dos semanas había sido condenado a dieciocho meses de prisión menor y a mantenerse alejado durante cinco años de su mujer. Y suerte tuvo de que la ausencia de antecedentes le sirviera para evitar el ingreso en la cárcel. La muy puta, no contenta con denunciarle, solicitó al juez de Familia medidas de separación que le obligaron a abandonar el domicilio familiar en solo cuarenta y ocho horas.

Su mente regresó al ordenador. Era un alivio saber que no era el único que se sentía estafado y humillado. *Némesis*, *Orión* y varios foreros más coincidían cada noche en los chats de los lectores de La Razón. Pero estaba empezando a cansarse de tanta palabrería. Le encantaría conocer personalmente a todos esos que parecían sentirse como él. A lo mejor entre todos conseguían encontrar una forma, como decía *Némesis*, de poder hacer borrar de las caras todas esas sonrisas insidiosas que no le dejaban dormir y habían contribuido a hacer un desastre de su vida. Finalmente, apagó el ordenador para encaminarse al instrumento de suplicio en el que se había convertido su cama.



II

María Hernanz, *Némesis*, cerró el ordenador prácticamente al mismo tiempo que César Duarte. Entre los dos había una distancia próxima a los setecientos kilómetros y una diferencia en temperatura de casi quince grados; a mediados de agosto empezaba ya a refrescar bastante en las noches segovianas. Entró en el dormitorio y también miró con aprensión la enorme cama de matrimonio donde, por mucho que tardara en posponerlo, debería terminar acostándose, sola. Sabía también que al subidón de adrenalina que le había producido intervenir en el chat de La Razón le acompañaría un estado depresivo producto de la utilización de unas frases y una actitud agresiva que chocaba frontalmente con su educación. Pero también notaba que al hacerlo cada vez la adrenalina le remontaba más y la depresión le afectaba menos. Con toda seguridad, este fenómeno iba unido al aumento del desprecio que percibía en sus paisanos hacia ella cada mañana al tener que descender por la calle Real desde su domicilio, situado en el tercer piso de una de las señoriales casas de la Plaza Mayor, hasta la plaza del Azoguejo, donde se ubicaba la sucursal de BanCastilla (antigua Caja de Segovia). Hacía más de dos años que había pedido el traslado, pero desde la central de

BanCastilla no recibía nada más que promesas que seguían sin cumplirse. Cuando estalló todo el escándalo decidió cambiar el itinerario del vía crucis en que se había convertido la calle Real, pero a los pocos meses desistió: lo único que conseguía era mostrar a sus vecinos su miedo, sin conseguir evitar que la siguieran mirando despectivamente. Los murmullos, al principio inaudibles cuando se cruzaba con ellos, se habían convertido ya en reproches expresados con claridad. Pensar que anteriormente esas miradas eran de respeto y cierta envidia por parte de las mujeres y de admiración y deseo por los hombres...

Cerró el balcón del dormitorio y decidió acostarse. Hoy no tenía que preocuparse de su hijo Enrique: dormía en Madrid con su padre. Después de la separación, producida hacía dos años, con todo el dolor de su corazón había aceptado que Enrique pasase los días de entre semana estudiando en Madrid y pudiese disfrutar de él solo los fines de semana y las vacaciones. Era lo mejor para el chico. La presión que estaba recibiendo en el colegio por parte de sus compañeros de clase empezaba a rayar en la crueldad. Fue el mismo Enrique el que se lo pidió a su madre. Y a ella no le quedó más remedio que aceptar. Desgraciadamente, hasta que no le consiguiesen el traslado tendría que seguir atrapada en la sucursal de la plaza del Azoguejo. Había pensado en pedir la baja y lanzarse sin red a la aventura con su hijo en Madrid u otra capital grande, pero sabía que Felipe Carrasco, titular del Juzgado nº 27 de lo Mercantil en Madrid, que aún continuaba siendo su marido, no lo permitiría jamás. Al pensar en Felipe le sobrevino una arcada. Qué bien había aprovechado su posición de debilidad en la capital segoviana para conseguir todo lo que se había

propuesto, cuando hace un par de años decidió separarse de ella y convertir el elegante apartamento en la calle Serrano de Madrid, que en teoría debía ser de los dos al estar casados en régimen de gananciales, en su residencia definitiva. La influencia de Felipe en los juzgados y en las altas esferas no se circunscribía exclusivamente al área de lo mercantil. Estaba seguro de que su ascendiente tuvo mucho que ver en las parcialísimas medidas que formuló el juez de familia segoviano cuando él forzó la separación. Una vez obtenida esta ya no tuvo tanta prisa en conseguir el divorcio. María sabía que estaba esperando como un ave de rapiña a que ella se rindiera del todo para quedarse con la mayor parte de los bienes comunes. Y a María no le quedaba ni la menor duda de que lo acabaría consiguiendo. De hecho, la opinión pública de sus paisanos ya la había condenado de antemano. Felipe esquilmoó las cuentas “legales” que compartían antes de comenzar su operación de derribo. Respecto a las “ilegales”, estaban en el limbo de los justos. María tuvo que reconocer que había actuado como un avestruz escondiendo la cabeza y no queriendo saber nada de los trapicheos de su marido, pero beneficiándose claramente de ellos cuando todavía mantenían una buena relación. Debido a su posición, a Felipe le era sencillísimo ser comisionado por los gestores que nombraba para administrar empresas que habían entrado en concurso de acreedores; y estas eran muchas semanalmente. Desde luego, el sueldo de María como directora de sucursal unido al de Felipe como juez no daba, ni por asomo, para el ritmo de vida de despilfarro que llevaban, con viajes continuos en primera clase, vehículos suntuosos, trajes hechos a medida y amantes con

las que, a veces a pares, Felipe mantenía relación. María descubrió la primera infidelidad de él casualmente, cuando al ir a mandar al tinte uno de sus trajes encontró en su pantalón una factura del hotel Villa Magna. En la factura se especificaba claramente que la habitación había sido compartida por dos personas, así como la hora de entrada, las 23:25 y la de salida, las 02:19 del día siguiente. Imaginó que Felipe no se había atrevido a usar el apartamento que poseían en Serrano. Felipe, al verse acorralado por las preguntas de María, lo negó aludiendo a que era un tema de trabajo por un favor que había hecho a uno de los administradores que le comisionaban. Para María fue la constatación de algo que ya veía venir dada la cadencia, cada vez menor, con la que se desarrollaban sus encuentros sexuales. A María le costó mucho entender por qué Felipe estaba huyendo de su cama. Morena, ojos verdes y de talle estilizado, su estatura sobrepasaba a la de la mayoría de los hombres. Su saber estar y su alta posición en la comunidad segoviana la habían convertido en un icono de la ciudad. Todo empezó a torcerse a partir del descubrimiento de la factura en el bolsillo de Felipe. Él empezó a aumentar el número de noches que pasaba en Madrid y su distanciamiento con ella llegó al punto de dejar de acudir a la casa de Segovia muchos fines de semana, alegando trabajo atrasado.

María, criada en la más estricta educación religiosa, callaba y aguantaba. Era consciente de que su matrimonio acabaría deslizándose hacia la nada en poco tiempo, pero se agarraba desesperadamente a su posición en la Caja de Segovia como garantía de poder acceder a un futuro sin grandes problemas económicos y que les permitiese, a ella

y a su hijo, vivir sin sobresaltos cuando se produjese la separación con Felipe, que ella ya veía inevitable y próxima.

Fue en esa época cuando la Caja de Segovia se unió al conglomerado de BanCastilla. María vio en esta fusión una oportunidad única no solo de ascensos, sino para poder escapar del aire que ya empezaba a antojársele irrespirable en el domicilio conyugal. Cuando, como directora de la sucursal, recibió instrucciones de la central de BanCastilla de encaminar todos sus esfuerzos a la venta de *preferentes* y de acciones de la nueva sociedad, no lo dudó.

Su prestigio en la ciudad hizo el resto. En pocos días agotó el cupo que le habían asignado y la codicia la animó a reclamar a la central de BanCastilla que se lo aumentasen. Felipe frunció el ceño cuando le comentó la posibilidad de comprar ellos mismos un buen paquete de acciones. Le ordenó, más que le recomendó, que comprase exclusivamente las que “moralmente” estaba obligada a comprar como empleada de la Caja. Ni una más. Con el tiempo, María le dio muchas vueltas acerca de si Felipe disponía de información privilegiada y no la quiso compartir con ella. Ahora estaba segura de que así había sido. Felipe sabía lo que iba a pasar y cuál iba a ser la posición en la que quedaría su mujer cuando la realidad del valor de BanCastilla se hiciera palpable.

Así fue. Primero, se destapó el escándalo de las *preferentes*. Posteriormente, las acciones que BanCastilla había colocado flamantemente en la calle a un precio de 3.75 euros por acción se fueron desmoronando en muy poco tiempo. Apenas seis meses después, un inversor que hubiera comprado acciones por un valor de 6.000 euros se encontró con que el monto de su inversión se había desplomado

hasta los... 11,15 euros. Los más de trescientos preferentistas y accionistas segovianos, la mayor parte de ellos clientes y familiares de María, cargaron contra quien les había recomendado con tanta insistencia la compra. En una ciudad tan pequeña trescientas familias son muchas familias. Y así, María, de ser un icono en la ciudad, pasó a convertirse en la enemiga de todos. La sucursal sufrió varias roturas de cristales, hasta el punto de tener que contratar seguridad privada, algo impensable en una ciudad como Segovia. Enrique comenzó a sufrir burlas y acoso en el colegio; y cuando María, incapaz de seguir recibiendo los continuos desprecios y comentarios soeces de los que hasta hacia poco habían sido sus familiares y amigos, recurrió a Felipe, su marido, para decirle que estaba pensando en dimitir e irse a vivir con él a Madrid a la espera de poder encontrar trabajo en otro banco. Felipe, como si estuviera estado esperando a que ese momento llegara, reaccionó poniéndole una demanda de separación, esquilmando las cuentas y amenazándola de que, si tomaba alguna medida contra él, usaría todas sus influencias «y créeme, querida, son muchas» para que no pudiera volver a ver al crío.

Los últimos meses habían sido un infierno. Pasaba de no atreverse a levantar los ojos del suelo, cuando se cruzaba con alguien, a mirar de manera altanera y desafiante a los viandantes que se burlaban de ella. Pero sabía que su resistencia estaba llegando a su fin. Por si fuera poco, los fines de semana que tenía a su hijo, este no paraba de recordarle la vida apasionante que llevaba en Madrid, en un colegio de élite donde ya no era acosado, con el poni que su padre le había comprado para que aprendiera a montar

en la Sociedad Hípica Madrileña y en el cuarto que tenía a su disposición con todos los juegos electrónicos que hacían la delicia de un niño de su edad.

Mientras, María se reconcomía en un callejón sin salida. No podía dejar Segovia porque entonces perdería, con toda seguridad, la custodia compartida de su hijo, aparte del problema económico que se le vendría encima si abandonaba su trabajo. De Felipe no había recibido ni un euro desde la separación y, por lo que le conocía, difícilmente recibiría algo. Por si fuera poco, el único bastión que le quedaba de sus bienes gananciales era la casa de Segovia. Como saliera de ella, perdería, si no legalmente sí de hecho, los derechos que tenía sobre ella. Sobre el apartamento de Serrano... prefería no acordarse. Cuando en las negociaciones de separación, ella lo puso encima de la mesa, se encontró con la sorpresa más enrevesada que podía esperarse. El apartamento lo compraron hacía cinco años. El día anterior a la firma, que debería realizarse en Madrid y casualmente en una notaría cuyo titular era muy amigo de Felipe, este le comentó a María que al estar en régimen de gananciales no hacía falta que se desplazase hasta Madrid, que acudiría él solo. María que, por supuesto, en aquella época confiaba plenamente en su marido, así lo hizo. La sorpresa llegó cuando en las negociaciones de separación, y al sacar el asunto de la posible venta del apartamento para repartir el dinero entre los dos, el abogado de Felipe le explicó que dicho apartamento se encontraba fuera de los bienes gananciales. Anonadada, María no le creyó. Cuando las infidelidades de Felipe empezaron a hacerse patentes, María hizo una consulta en el Registro de la Propiedad, donde figuraba el apartamento a nombre de

su marido. Así se lo explicó al abogado de este. El abogado le dijo que estaba en un error, ya que el apartamento procedía de una cesión de la madre de Felipe y por lo tanto quedaba excluido de los bienes gananciales. María sintió, en ese momento, como si un puñetazo la derribase al suelo, ya que su sólida formación financiera le hizo ver con toda claridad la trampa que le había tendido Felipe. El día de la firma, aprovechando la ausencia de ella, Felipe escrituró el apartamento a nombre de su madre, que siempre había odiado a María. Apenas una semana después, su madre cedió, también ante notario, la propiedad a su hijo. La jugada era perfecta; si María indagaba vería que la propiedad era de su marido, pero nunca sabría, hasta que él lo quisiera, que el bien era personal al provenir de una cesión familiar.

Mientras tanto, funcionarios corruptos como su marido seguían campando por sus respetos, riéndose de los demás y permitiéndose el lujo, encima, de dar lecciones de moral. La fama que su marido, Felipe, tenía de deshonesto en el mundillo judicial no le había provocado ni el más mínimo problema. Y los culpables de su desgracia en BanCastilla seguían llevando sus increíbles “trenes de lujo”, prebendas y sueldos altísimos, incluidas las mediáticas tarjetas *black*.

Se percató de que, una vez más, comenzaba a entrar en bucle. El amor que, sin duda, sintió por Felipe en su noviazgo y sus primeros años de matrimonio se había ido transformando, en los últimos tiempos, en un latente odio, rayando la obsesión. Felipe era finalmente el obstáculo que le impedía empezar una vida nueva fuera de esta ciudad que tanto había amado y que tanto deseaba perder de vis-

ta. Si Felipe no existiera no solo podría disponer sin problemas de unos bienes que eran legalmente suyos, sino que la venta de ellos le proporcionaría los medios para poder huir para siempre, junto con su hijo, del infierno en el que estaba inmersa. Aún era joven, no llegaba a los cuarenta años, y entendía que la vida le debía una segunda oportunidad. Pero la sombra de Felipe le perseguía, especialmente por las noches, cuando en su perpetuo insomnio le parecía verlo de pie frente a su cama riéndose abiertamente de ella, animándola a que acabara su sufrimiento desapareciendo para siempre de su vida y de la de su hijo. Si pudiera apretar un botón y conseguir que Felipe no existiese...

Sus ratos de ocio, obligada por las circunstancias a permanecer prisionera en su casa, había comenzado a entregarlos a la lectura de periódicos digitales, especialmente *La Razón*, y a su participación en los foros de lectores. Su relación con *Albatros*, *Orión* y algún otro lector le permitía, al menos, saber que no era la única que sufría con la situación por la que estaba pasando el país. Había muchas personas que también eran víctimas anónimas, y hasta ahora silenciosa, del conglomerado de corrupción, abusos y descomposición que se había instalado en todas los estamentos: bancos, patronales, partidos políticos, sindicatos... Tirases por donde tirases, la mierda te salpicaba igual, pensó María. Pero ahí seguían ellos, como había visto hoy mismo en la foto del exministro Iñigo Domínguez, sonrientes y desafiantes, cumpliendo, como mucho, unos meses de "castigo" en una celda privada situada en un módulo de respeto de una prisión, por llamarla de alguna manera, moderna, limpia y eso sí, muy democrática y cumplidora con los derechos de los presos.

La mano le empezó a temblar cuando pensó en qué estaría haciendo ahora Felipe. Miró el reloj; las doce y media de la noche. Seguro que habría dejado a su hijo con la interna que había contratado y estaría despilfarrando con alguna de sus amantes, riéndose de la pobre infeliz que tenía aprisionada en un piso enorme y fantasmagórico a cien kilómetros de distancia, y relamiéndose sabiendo lo poco que faltaba para que tirase la toalla y desapareciera dejándole el camino libre para siempre.

María, viendo que el temblor de la mano continuaba, lo paró cerrando el puño y atestando un fuerte golpe con él en el cabecero de la cama. Sintió de inmediato un latigazo de dolor y miró al cabecero. Cuánto desearía que, en lugar de hacerlo sobre la fría madera de caoba, el golpe hubiera borrado para siempre la sonrisa de desdén y suficiencia del que aún continuaba siendo su marido.

